

Verdad y Vida

Viviendo y compartiendo el evangelio

APARTADO 185

28600 NAVALCARNERO, (MADRID)

Email: idadespana@yahoo.es / www.comuniondegracia.org / www.idue.es

Tel. 91 813 67 05 - 626 468 629



PEDRO RUFÍAN M.

DIRECTOR-EDITOR

JOSEPH TKACH

PRESIDENTE DENOMINACIONAL

Madrid, 15 de junio de 2012

Estimados amigos, hermanos en Cristo y fieles lectores de **Verdad y Vida**:

El pequeño equipo de voluntarios que hace posible **Verdad y Vida**, mi familia y yo deseamos y pedimos que, junto a vuestros seres queridos tengáis buena salud, que la fe y la esperanza en el Señor estén siendo fortalecidas cada día, y que por medio de su providencia tengáis lo necesario para vuestras necesidades y para mostrarle agradecimiento por las increíbles bendiciones de las que nos ha hecho partícipes en Cristo.

Dentro de cuarenta y dos días el espíritu olímpico capturará los corazones y las mentes del mundo entero. Durante tres breves semanas, por medio de los deportes, la humanidad se esforzará por un ideal de las naciones uniéndose en paz y armonía. La victoria en cada final y la entrega de las medallas serán los puntos culminantes de los Juegos.

El apóstol Pablo y otros escritores del Nuevo Testamento estaban familiarizados con los Juegos Olímpicos. Usaron diferentes competiciones para ilustrar aspectos del evangelio y de la vida cristiana. En 1 Corintios 15:57 Pablo asemeja la salvación con una competición y afirma que Dios nos ha dado la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. Fuimos creados por Dios para ser ganadores de la medalla de oro. ¿Qué implica esa victoria? La participación en la relación eterna de amor que comparten el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En lo profundo del corazón humano Dios puso la necesidad de compartir en armonía y relación con él y con otros seres humanos por toda la eternidad. Esa necesidad fue el vacío al que Blaise Pascal se refirió.

Pero a causa del pecado todos los seres humanos estábamos lejos de ser campeones olímpicos. De hecho, a causa de la desinformación y mala influencia del enemigo estábamos espiritualmente ciegos, sordos, tullidos y éramos incapaces de caminar en la dirección de Dios. Más aún, en la carrera de nuestra vida estábamos yendo en la dirección opuesta a la meta para la que fuimos creados. A causa del pecado todos nosotros estábamos corriendo hacia la muerte eterna, hacia la separación eterna de Dios. Por nosotros mismos estábamos sin ninguna esperanza. Pablo afirma en **1 Corintios 15:56**: “...*el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley*”. La carne nos lleva al pecado, y la ley nos condena a morir. Pero todo eso fue revertido en Jesucristo, quien conquistó el pecado en la carne, y conquistó la muerte por todos nosotros.

¿Cómo hizo Jesús eso? ¿Cómo vencimos el aguijón de la muerte, que es el pecado, por medio de Jesucristo? Él tomó nuestra propia carne para asumir en sí mismo todas nuestras vidas, naturaleza y todos nuestros pecados, para pagar nuestra deuda en la cruz. Haciendo así justicia y paz por nosotros delante de Dios. El apóstol Pablo lo explica así en **Romanos 5:8, 12,17-18**: “*Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros... Por medio de un solo hombre [el primer Adán] el pecado entró en el mundo, y por medio del pecado entró la muerte; fue así como la muerte pasó a toda la humanidad, porque todos pecaron... Pues si por la transgresión de un solo hombre [el primer Adán] reinó la muerte, con mayor razón los que reciben en abundancia la gracia y el don de la justicia reinarán en vida por medio de un solo hombre, Jesucristo. Por tanto, así como una sola transgresión causó la condenación de todos, también un solo acto de justicia produjo la justificación que da vida a todos*”. Y en Cristo el Padre nos adoptó como sus hijos y sus hijas, **Efesios 1:3-5** “*Alabado sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en las regiones celestiales con toda bendición espiritual en Cristo. Dios nos escogió en él antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él. En amor nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad*”. ¿Estamos dispuestos a dar la bienvenida, recibir y gozar de aquello de lo que ya somos beneficiarios en y a través de Jesucristo? Esa es la cuestión a la que todo ser humano debe responder antes o después.

Hace casi 2.000 años se llevó a cabo “la madre” de todos los Juegos Olímpicos espirituales. Jesús sabía que ninguno de nosotros podíamos ganar la carrera en contra del pecado, que estábamos condenados a ser eternos perdedores contra el pecado y la muerte eterna que trae con él. Jesús corrió la carrera espiritual olímpica decisiva en contra del pecado y de la muerte por nosotros. Él hizo algo increíble, algo que nosotros nunca hubiésemos pensado: Para desactivar el aguijón de la muerte, que es el pecado, Jesús nos incluyó en su propia muerte y de esa forma nos liberó a todos de la condena del pecado.

¿Puedes concebir en tu mente que en los Juegos Olímpicos hubiera un atleta, record mundial, con tal amor y fuerza que estuviera dispuesto a cargar sobre sus espaldas a todos los otros atletas para que cada uno de ellos consiguiera una medalla de oro? Eso, y mucho más es lo que Jesús, nuestro único campeón, hizo por todos los seres humanos. El apóstol Pablo explica esto con estas palabras en **Romanos 6:6-7** “*Sabemos que nuestra vieja naturaleza fue crucificada con él para que nuestro cuerpo pecaminoso perdiera su poder, de modo que ya no siguiéramos siendo esclavos del pecado; porque el que muere queda liberado del pecado*”. Asumiendo en sí mismo toda nuestra naturaleza humana y pecado, podríamos decir, que Jesús nos llevó a todos sobre sus espaldas mientras corrió la buena carrera en la cruz, donde él cruzó la meta por nosotros y con todos nosotros.

Así que ¿cómo vencimos los seres humanos el aguijón de la muerte, que es el pecado? Incluyéndonos a todos en la muerte de Jesús y liberándonos así del pecado. Jesús nos ha llevado ya a la meta. Él es el campeón de campeones que comparte su victoria con toda su creación. El apóstol Juan recogió esta realidad de esta forma en las propias palabras de nuestro Salvador Jesucristo: “*Pero yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo*” (**Juan 12:32**).

Ahora, ¿cómo vencimos en Jesucristo el poder del pecado que es la ley? Por medio de la muerte de Jesús fuimos libertados del poder del pecado, “la ley” que Pablo menciona en 1 Corintios 15:56. Esto es lo que él escribió con respecto a ese poder y nosotros: “*Hermanos, os hablo como a quienes conocen la ley. ¿Acaso no sabéis que uno está sujeto a la ley solamente en vida? Por ejemplo, la casada está ligada por ley a su esposo sólo mientras éste vive; pero si su esposo muere, ella queda libre de la ley que la unía a su esposo... Así mismo, hermanos míos, vosotros moristeis a la ley mediante el cuerpo crucificado de Cristo, a fin de pertenecer al que fue levantado de entre los muertos. De este modo daremos fruto para Dios... Pero ahora, al morir a lo que nos tenía subyugados, hemos quedado libres de la ley, a fin de servir a Dios con el nuevo poder que nos da el Espíritu, y no por medio del antiguo mandamiento escrito*” (**Romanos 7: 1-2, 4, 6**). Ahora servimos a Dios por su amor, en agradecimiento por lo que él ha hecho con y en nosotros por medio de Cristo, y no por la ley.

Jesucristo nos hizo ganadores de la medalla de oro de la salvación, ganadores de la vida eterna. El cruzó la meta de la muerte con todos nosotros sobre sus espaldas y en su resurrección nos llevó a todos a la relación eterna de amor que él goza con el Padre y con Espíritu Santo para siempre. Todo hecho por su puro amor y gracia, no por nada que nosotros podamos hacer. Pablo lo dice claro con estas palabras en **Efesios 2:4-6, 8-9** “*Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor por nosotros, nos dio vida con Cristo, aun cuando estábamos muertos en pecados. ¡Por gracia habéis sido salvados! Y en unión con Cristo Jesús, Dios nos resucitó y nos hizo sentar con él en las regiones celestiales... Porque por gracia habéis sido salvados mediante la fe; esto no procede de vosotros, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte*”.

Alguien puede decir: “Bueno, ya que hemos sido salvados por gracia vamos a entregarnos a nuestros propios placeres y a nuestros propios caminos”. Esa forma de pensar no tiene sentido en forma alguna. Ahora que sabemos quienes somos en y por medio de Jesucristo nuestro Señor, los muy amados hijos e hijas del Padre, la familia real de Dios, ¿cómo vamos a continuar viviendo en la misma forma que antes?

El 11 de Marzo de 1830, una pequeña niña inglesa estaba estudiando sus lecciones con su tutora, y la lección aquel día tenía que ver con la familia real. Mientras estudiaba el árbol genealógico en el libro se percató del sorprendente hecho de que ¡ella era la siguiente en la línea para el trono! Al principio lloró, y luego miró a su tutora y dijo: “¡Seré Buena!”. El hecho de que la pequeña Victoria fuera un día reina la motivó a vivir a un nivel más alto. Ella dijo: “Seré buena”, no para ser reina, algo que ella sabía que sería, sino porque sabía quien era. Nosotros sabemos quienes somos ya en Cristo, hijos e hijas de Dios, así que sabiendo ese sorprendente hecho, ¿cómo podemos continuar viviendo en la misma forma que antes? No tiene sentido, ¿no es así?

Ahora que sabemos quienes somos en y por medio de nuestro Salvador, Señor y Campeón de campeones, ¿qué clase de vida se espera que vivamos?

Dios nos dice: “Corred la carrera hacia la meta porque os he hecho ya campeones y ganadores de la medalla de oro en y por medio de mi Hijo. Y mientras corréis dad a saber a otros quienes son en y a través de mi Hijo, mis queridos

hijos e hijas también”.

¿Como vivimos y estamos involucrados activamente en la relación de amor de Dios ahora? Amando a Dios con todo nuestro ser y amando a todos los seres humanos. Dios no solo quiere que participemos en su relación eterna de amor, sino que también lo hagamos en su vida activa ahora por amor a aquellos que todavía no son conscientes de quienes son realmente en Cristo. Sabemos que Dios nos ha llamado a participar en las buenas obras “*las cuales... dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica*”, como Pablo escribió en Efesios 2:10.

Una de las mejores formas de amar a otros es compartiendo las buenas noticias de la reconciliación de Dios con ellos por medio de Jesucristo. Pablo explicó esto a los cristianos en Corinto de esta forma en **2 Corintios 5:14-20**: “*El amor de Cristo nos compele [la nueva vida en Cristo por medio del Espíritu Santo en nosotros, el amor de Dios derramado en nuestros corazones nos mueve a actuar, nos compele como un muelle], porque estamos convencidos de que uno murió por todos, y por consiguiente todos murieron. Y él murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió por ellos y fue resucitado. [Las obras que hacemos en la nueva vida surgen del amor activo de Dios en nosotros y del agradecimiento después de que venimos a darnos cuenta de lo que Cristo nos ha hecho ser en y por medio de él, y no ya por la ley a la que morimos en Jesucristo]. Así que de ahora en adelante no consideramos a nadie según criterios meramente humanos. Aunque antes conocimos a Cristo de esta manera, ya no lo conocemos así. Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo! Todo esto proviene de Dios, quien por medio de Cristo nos reconcilió consigo mismo y nos dio el ministerio de la reconciliación: esto es, que en Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo, no tomándole en cuenta sus pecados y encargándonos a nosotros el mensaje de la reconciliación. Así que somos embajadores de Cristo, como si Dios os exhortara por medio de nosotros: «En nombre de Cristo os rogamos que os reconciliéis con Dios».*”

La participación en el ministerio de Jesucristo debe ser una razón de gozo y agradecimiento para cada uno de nosotros, aquellos que somos conscientes de que hemos sido redimidos por gracia en Jesucristo y hemos aceptado su maravillosa justificación. Espero y pido a Dios que todos los colaboradores de **Verdad y Vida** sientan ese gozo.

Y es precisamente alentándonos a participar en el ministerio de Jesucristo que Pablo termina el capítulo, después de habernos dicho como nos ha dado la victoria sobre nuestros enemigos: “*Por lo tanto, mis queridos hermanos, manteneos firmes e inmovibles, progresando siempre en la obra del Señor, conscientes de que vuestro trabajo en el Señor no es en vano*” (**1 Corintios 15:58**). Pablo nos dice que permanezcamos firmes y fieles a Dios, sabiendo que somos ya campeones de la medalla de oro por medio de nuestro Señor y precursor, Jesucristo, y que nuestra participación en el ministerio de Jesús dará sus frutos, “que nuestro trabajo en el Señor no es en vano”.

Pablo nos está diciendo en 1 Corintios 15 que el segundo Adán, el Hijo de Dios, entró en su propia creación para vivir, sufrir, morir y resucitar, e incluírnos a todos en su muerte y nueva vida resucitada, para que nosotros también podamos andar ahora en novedad de vida y resucitar en el futuro a la plenitud de la vida espiritual que ya nos ha dado, porque él ha resucitado.

En y por medio de Cristo, nuestros enemigos han sido derrotados, como Pablo exclamó: “¡Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!”. La resurrección de Jesús no fue solo buenas noticias para él, fue también una maravillosa noticia para nosotros, porque la razón por la que él pasó por todo su martirio fue para rescatarnos de nuestros enemigos. ¡Él nos dio la victoria! Vivamos como victoriosos en Cristo *progresando siempre en la obra del Señor*. Agradecemos de todo corazón a todos los colaboradores que, con sus donativos, nos ayudan para que **Verdad y Vida** siga participando en llevar a cabo la obra del Señor.

Disfrutad de los Juegos Olímpicos y, con la guía del Espíritu Santo, hagamos todo lo que podamos para dar a conocer a otros qué y quiénes son en, y por medio de Cristo: Ganadores de la medalla de oro espiritual en Jesús que solo necesitan aceptar y recibir la salvación que él ganó para todos. Y mantengámonos corriendo hacia el trofeo que es ya nuestro, en y por medio de Jesucristo, con nuestros ojos puestos en él como el autor y consumidor de nuestra fe.

El grupo de voluntarios directos en **Verdad y Vida**, mi familia y yo deseamos y pedimos “que la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros” (**2 Corintios 13:14**).



Pedro Rufián Mesa
Director-Editor de **Verdad y Vida**